

ORGANIZACIÓN Y ESPACIOS SOCIOPÚBLICOS INCIPIENTES: TRES CASOS DE LOS ANDES*

Tom D. Dillehay^a

Resumen

En el presente trabajo se analizan tres casos de diferentes áreas de los Andes para estudiar el incremento de la complejidad cultural en contextos sociales y económicos variados con el fin de distinguir factores definidos de carácter ambiental y cultural en cada caso. El propósito final es el de la búsqueda de diferencias, así como de las características en común que se utilizan para hacer comparaciones culturales y para aprender más acerca de la historia del desarrollo cultural de las sociedades que representan estos ejemplos.

Palabras clave: cazadores-recolectores, complejidad emergente, mapuche, Periodo Precerámico

Abstract

INCIPIENT ORGANIZATION AND SOCIO-PUBLIC SPACES: THREE ANDEAN CASES

Three archaeological cases from different areas of the Andes are employed to study the rise of social and cultural complexity in varying social and economic contexts, with the intention of distinguishing certain environmental and cultural factors in each case. The purpose also is to search not only for differences but for commonalities to be used for cross-cultural comparisons and to learn more about the developmental cultural history of the societies representing these cases.

Keywords: hunters-gatherers, emergent complexity, Mapuche, Preceramic period

1. Introducción

La complejidad es un concepto que se emplea en arqueología para clasificar diferentes niveles de logros en el pasado (Trigger 1990). Esta noción indica evolución social y, asimismo, hace alusión a diferentes grados de sociedades simples y complejas. La evidencia empírica para estas escalas de progreso varía de acuerdo con las diferentes regiones y distintos arqueólogos e investigadores. Sin embargo, hay un acuerdo general de que las tumbas elaboradas, la arquitectura pública de gran escala y espacios construidos para eventos de carácter colectivo, intercambio de bienes exóticos, símbolos exclusivos y otros rasgos materiales distinguen entre diversos grados de complejidad y diferencian a las sociedades simples de las complejas. También se atribuyen juicios de valor de complejidad a diferentes combinaciones de estos rasgos. Términos, rasgos y clasificaciones como estos son útiles para propósitos de análisis comparativo, pero probablemente contribuyen poco para reflejar la realidad histórica. Algunos elementos del pasado, como las ideologías que dirigieron las acciones políticas, son esquivos y no conforman, necesariamente, las realidades materiales de los sistemas de clasificación usados por los arqueólogos. Si no hay otro aspecto comprometido, los juicios de valor basados en enfoques clasificatorios históricos y materiales dirigen la atención a los tipos de

* Traducción del inglés al castellano: Rafael Valdez

^a Vanderbilt University, Department of Anthropology.

Dirección postal: Nashville, Tennessee, 37365, Estados Unidos.

Correo electrónico: tom.d.dillehay@vanderbilt.edu

datos necesarios para inferir principios diferentes de organización social y económica como, por ejemplo, los que son necesarios para evaluar la extensión del desarrollo o subdesarrollo, la igualdad o la desigualdad, así como la simplicidad o la complejidad en el pasado. Más aún, la dinámica al interior de las definiciones de complejidad a menudo es un tema de enfoques, de manera que, en otras palabras, el fenómeno de la complejidad habría existido en todas las áreas en el pasado.

Sin embargo, si se pone mayor énfasis en las diferencias en los principios de organización social, económica y otros tipos de relaciones, así como sus representaciones espaciales, se pueden indagar e identificar los diferentes tipos de sociedades y los importantes alcances logrados para conseguir ciertos niveles de representación y elaboración material. El hecho de que estos principios puedan o no ser clasificados en diferentes grados de simplicidad o complejidad depende de la propia definición de complejidad. En el ensayo que sigue a continuación, el autor intentará desarrollar algunos de estos temas al interior del contexto de varios conceptos arqueológicos y dentro de la definición de su propia interpretación de la complejidad emergente mediante el uso de los registros arqueológicos de la costa norte del Perú y del área sur-central de Chile como ejemplos principales. Para el objetivo de este análisis se emplearán los conceptos de 'espacio', 'lugar', 'paisaje' y 'heterarquía'. No se pretende que estas sean las únicas variables para estudiar la complejidad emergente, sino que solo se trata de nociones elegidas aquí como el mejor conjunto de factores para analizar estos temas en relación con los ejemplos arqueológicos presentados en este artículo.

En años recientes se han realizado muchos esfuerzos para investigar acerca de los temas de espacio, lugar y paisaje. Espacio y paisaje pueden ser entendidos tanto como categorías analíticas como realidades materiales (*v.g.*, Lefebvre 1991: 78-87), por lo que hay que tener en cuenta los puntos de vista de diferentes disciplinas. Para los filósofos existe el principio de comprensión, una forma de conocimiento que constituye una herramienta teórica del mismo nivel que el tiempo y la temporalidad, con los que está, ciertamente, vinculada. Los sociólogos consideran el espacio y el paisaje desde una doble perspectiva: como productos de una sociedad y como factores de producción social. En su relación con el espacio, la humanidad crea lugares mediante el trabajo de las generaciones presentes y pasadas. Por su parte, los antropólogos les atribuyen una función triple: histórica, de identificación y de relación. Los geógrafos siempre se han interesado por, al menos, dos tipos de espacio: el lugar que ellos estudian —una región, una ciudad, entre otros— y uno más grande, al que pertenece este lugar y en el que operan las influencias y obligaciones que tienen consecuencias para la estructura interna de las relaciones locales y no locales. Lo mismo vale para la complejidad, de acuerdo con los propósitos del presente trabajo (Allen 1999). De esta manera, los geógrafos están condenados a una doble visión metodológica: deben mantener un ojo en el lugar inmediato de observación —el «sitio» para los arqueólogos— y otro en las fronteras de su influencia externa, es decir, las relaciones con los sitios «no locales» para los arqueólogos.

En opinión del autor, uno de los principales problemas que enfrentan los juicios de valor acerca de la complejidad trata acerca de la naturaleza de la relación compleja entre 'lo local' y 'lo no local'. Estas relaciones espaciales internas y externas posiblemente definen mejor diferentes grados de complejidad en el caso de tumbas elaboradas, arquitectura de proporciones considerables, arte y símbolos, entre otros, si bien los criterios de juicio deben de ser definidos para cada sociedad en estudio. Es decir, cada sitio arqueológico y su relación inferida con el mundo de otros sitios más allá de sus límites son percibidos como que tienen una identidad funcional. En ese sentido, existen canteras, sitios de enterramiento, complejos urbanos, centros ceremoniales y demás. Cada uno de estos lugares tiene una identidad histórica que refleja su transición constante desde un lugar deshabitado a uno con una identidad mayor e integración del mismo con otros, pero ambos están cargados con significado y han sido establecidos como lugares con memoria e historia, como los sitios huari, inka y paiján. Estos sitios tienen significado solo en relación con otros, clasificados con esas denominaciones o con sitios que no lo sean, y todos ellos son considerados independientemente como lugares únicos, pero también como miembros componentes de una comunidad mayor que, en su conjunto, reflejan relaciones históricas locales y no locales y así, también, diferentes grados de vínculos sociales, económicos e ideológicos, complejos en algunos casos (Dietler y Hayden 2001; DeMarrais *et al.* 1996). De esta manera, la complejidad puede ser definida y estudiada por los tipos de relaciones históricas cambiantes entre estos sitios.

De manera categórica, no es posible que toda complejidad social o cultural esté asociada con jerarquías políticas centralizadas permanentes tal como pueden ser las entidades políticas y las sociedades estatales. Más aún, las jerarquías pueden conformarse de acuerdo con la situación y cambiar entre varios elementos que interaccionan, especialmente para el caso de las sociedades formativas o complejas emergentes. Los aspectos de jerarquía y heterarquía pueden estar presentes en la misma sociedad, mientras que la centralización política no necesita ser dominante. Por ejemplo, entre las sociedades del Periodo Formativo de los Andes centrales pudieron haber existido asentamientos de carácter jerárquico y centros ceremoniales, pero la producción económica y artesanal no fue sometida de forma automática bajo el control central, mientras que los artículos políticos y ritualmente valiosos sí lo estaban (ver la discusión acerca de este tema más abajo). Un aspecto relacionado lo constituye una de las características más determinantes de la complejidad social en los Andes centrales, es decir, lo que se denomina arquitectura monumental. El objetivo de la construcción de estos lugares era crear un paisaje que no solo estuviera separado claramente de las áreas destinadas para la agricultura o vivienda, sino que fuera «impreso» con monumentos grandes y permanentes que persistieran en el tiempo. De mayor interés es la relación entre dichos monumentos y los principios de organización de las sociedades que las construyeron, así como las relaciones internas y externas de los grupos o sitios al interior de estas sociedades. Una suposición predominante en los estudios arqueológicos ha consistido en que los requerimientos de trabajo para la construcción de estos monumentos eran tan grandes que representaban los productos de actividades comunales y grupos organizados, quizá con un liderazgo centralizado, pero este no es necesariamente el caso, ya que muchos monumentos fueron construidos por grupos acéfalos que se reunían en forma periódica para construir parte de los monumentos, quizá con un grupo que lideraba en forma temporal sobre otros como parte de un sistema rotativo. A continuación se discutirán tres casos para tratar las nociones de complejidad emergente existentes en la actualidad con un énfasis particular en los aspectos de espacio, lugar, paisaje, interacción intergrupala y heterarquía. Antes de tratar cada uno, se presentarán los antecedentes.

De manera específica, se mostrarán algunos casos de sociedades complejas emergentes que permitirán examinar más de cerca las relaciones entre los diversos factores expuestos arriba y precisar las variables clave que intervinieron en el desarrollo de la complejidad. En primer lugar, se presenta una discusión general de varias tendencias y, luego, un resumen de la arqueología de la tradición Nancho en el valle medio alto de Zaña, fechada entre 8500 y 4500 a.p., y los patrones sociales, económicos y espaciales que muestran el inicio de la complejidad en el norte del Perú durante el Periodo Precerámico Temprano. Después, se lleva a cabo una discusión de los modelos interpretativos de la planta en forma de «U» de los edificios y paisajes formativos tempranos basada, mayormente, en el análisis del sitio de San Luis, ubicado en el valle medio de Zaña. La identificación de patrones en la organización del espacio de estos edificios como paisajes ceremoniales y heterárquicos puede proporcionar una comprensión de la interacción intercomunitaria en el ámbito local, interregional o no local de la época. Por último, se harán referencias al desarrollo araucano tardío, un periodo en el que se estableció la agricultura intensiva y se construyeron montículos ceremoniales y políticos heterárquicos en algún momento entre 1200 y 1400 d.C. Se exponen los estudios arqueológicos y etnoarqueológicos realizados por el autor acerca de las canchas ceremoniales con planta en forma de «U», los rituales *nguillatun* y los *kueles* (montículos o huacas) de los mapuches del sur-centro de Chile para una reflexión comparativa diacrónica y panandina del valor interpretativo de estos sitios tanto en el ámbito local como no local. Esta cultura de los Andes del sur se puede clasificar como correspondiente a lo que se llama complejidad emergente a pesar de que esto ocurre un poco tarde en el tiempo.

Nuevamente, para resumir, a pesar de que se reconoce una alta variedad de factores que contribuyen a la complejidad emergente, se hará énfasis en el espacio, lugar y paisaje cultural, así como en la interacción intercomunitaria heterárquica, ya que son variables más fáciles de identificar y medir a una escala amplia en el registro arqueológico y porque en ellas se reflejan los principios de organización social, económica y demográfica entre diferentes grupos locales y no locales. El contenido de las implicancias de los temas discutidos es como sigue:

a) Variable 1: espacio, lugar y paisaje. A juzgar por el número de volúmenes editados en años recientes, los conceptos de 'espacio', 'lugar' y 'paisaje' todavía constituyen temas «candentes» tanto en la arqueología

como en la antropología (Bender [ed.] 1990; Hirsch y Hanlon 1995; Kaulicke 1997; Dillehay 2004), algo que ocurre a partir de que los arqueólogos comenzaron a pensar en forma creativa y crítica acerca de las dimensiones esenciales dentro de las que se registran los datos en los sitios arqueológicos. Aunque la discusión teórica es apasionante, se ha dado más atención a la polémica que al análisis crítico de los aspectos del comportamiento y la conducta, o a la exploración productiva de mejores caminos para encontrar aproximaciones más significativas a los datos arqueológicos. Abajo se discute acerca de algunos patrones y tendencias de espacio y paisaje relacionados con los principios de organización de grupos de cazadores-recolectores simples y complejos y, posteriormente, los correspondientes a cacicazgos o jefaturas.

b) Variable 2: heterarquía. Como una alternativa al marco interpretativo prevaleciente que enfatizaba mayormente la jerarquía en forma progresiva, Crumley introdujo el concepto de 'heterarquía', el que se define como «[...] las relaciones entre distintos elementos cuando estos no tienen rango o cuando poseen el potencial para ser organizados en diferentes formas de rango» (Crumley 1995: 3; traducción del autor). En otras palabras, la heterarquía existe cuando hay muchos ejes distintos por cuyo medio puede darse la diferenciación, más que lo que ocurre en la visión piramidal de la organización jerárquica implícita en el concepto de 'cacicazgo'. Una heterarquía es algo más parecido a una red o a una estructura de soporte con una subordinación y supraordenación entre los elementos determinadas en relación con la situación o la función. La heterarquía no es equivalente al «igualitarismo», sino que puede existir tanto en sociedades igualitarias como en sociedades no igualitarias. Tampoco es una precursora, necesariamente, de la organización jerárquica, sino que puede representar una configuración alternativa de las relaciones sociales.

Para el tipo de sociedades complejas emergentes descritas aquí, el concepto de 'heterarquía' podría tener considerable valor puesto que describe situaciones de complejidad creciente sin control centralizado aparente. Aunque no podría ser aplicado sin reparos a cada sociedad emergente, la noción de que pueden existir numerosos ejes en los que pueden darse las relaciones sociales asimétricas podría tener un gran valor heurístico sin que sea necesario el ordenamiento vertical encontrado en los cacicazgos. Sin duda, la noción de organización heterárquica ha sido aplicada a la sociedad araucana histórica y quizá se la puede aplicar a varias de las sociedades complejas tempranas descritas arriba.

La noción de heterarquía podría también acomodarse mucho mejor que una de jerarquía a los modelos de diferenciación doméstica propuestos por varios investigadores que trabajan en los Andes. La noción de unidades domésticas comprendidas dentro de una base social en contraposición a otras que buscan ascender a la cima de la pirámide social podría significar que las relaciones asimétricas entre ellas pudieron ser situacionales y dinámicas. El conjunto de unidades domésticas agrupadas en caseríos y su filiación a facciones podrían proveer dos ejes más en los que habrían ocurrido las asimetrías. Por último, la tensión surgida entre el poder económico de las unidades domésticas exitosas y la amplitud demográfica de los que fracasaron en estas relaciones podría complicar aún más el surgimiento de una autoridad y poder centralizados. De esta manera, se plantea que la heterarquía, sin que importe cómo funcionó más tarde en el tiempo o en sociedades más complejas, es una condición endémica de la complejidad emergente en los Andes.

2. Antecedentes andinos

Los primeros pobladores de los Andes centrales y de la parte centro-sur fueron cazadores-recolectores marítimos, cazadores especializados de la sierra, horticultores incipientes o conformaron diversas combinaciones en una amplia variedad de contextos medioambientales. Estas economías diversas trajeron consigo diferentes escalas de innovación tecnológica, planificación, incertidumbre y manejo del riesgo, compartimiento de recursos, movilidad, territorialidad e interacción social. Los arqueólogos todavía no comprenden bien cuáles eran los modelos de interacción que operaban entre estas sociedades y cómo fue que esta interacción creó nuevas y diferentes instituciones y complejidades socioculturales. Se sabe que los grupos humanos del pasado tomaron, al parecer, senderos dispares de complejidad social a diferentes escalas de interacción entre distintos tipos de sociedades, diferenciadas por combinaciones sociales y

económicas diversas. También es importante reconocer que estos desarrollos regionales no surgieron totalmente sino hasta el momento en que se dio la domesticación de plantas y animales, como es el caso de algunos sitios tempranos de la costa peruana. De esta manera, no siempre se puede ver a la domesticación como la primera manifestación de la complejidad social. Sin embargo, en los Andes centrales y centro-sur, y quizá también en las vertientes más bajas, la presencia de la economía agrícola y/o basada en camélidos fue, de manera evidente, un «disparador» importante para la diferenciación de las unidades domésticas y las aldeas tempranas una vez que se descubrió su utilidad para, por ejemplo, producir lana y otros productos secundarios (Bonavia 1991; véase Yacobaccio, este número). También son importantes los cambios ideológicos orientados hacia una reestructuración y sincronización de organizaciones sociales y económicas diferentes (Kertzer 1988).

Si se observan el largo Periodo Precerámico Tardío y el Periodo Cerámico Temprano (c. 3000-1000 a.C.), y sus contribuciones a la sociedad andina tardía, en los restos arqueológicos se hace más evidente que las relaciones sociales no conforman la dicotomía elite-individuos comunes encontrada en tantas discusiones arqueológicas acerca de la complejidad social emergente en otras partes del mundo (Arnold 1995; Pauketat 2000). El autor sostiene que, en las etapas tardías del Periodo Precerámico de los Andes centrales, primó la construcción de un sentido de colectividad social —mediante festines rituales, construcción de montículos a pequeña y gran escala, y estrategias de interacción socioeconómica heterárquica— sobre el propósito estratégico de construir poder centralizado o cimentar el prestigio de individuos o grupos de individuos por medio de la acumulación de distintos géneros de riqueza. Los sistemas de poder público, compartidos y distribuidos de esta manera, probablemente fueron determinados, ante todo, por factores socioideacionales más que por la riqueza material. Dada la naturaleza de la evidencia actual, solo se puede suponer que esta colectividad debe de haber involucrado diferentes categorías de edad, género, ascendencia, ocupación, lugar, vinculación y asociación, a menudo simultáneamente. No se puede identificar en el registro arqueológico temprano un espacio, unidad social, división, oposición, manejo administrativo o estrategias institucionales que hayan reprimido o constituido un contrapeso al papel político de grupos o individuos de elite en la obtención de poder mediante la acumulación de riqueza. En algún momento durante el Periodo Cerámico Temprano se alcanzó, en varias áreas, un punto crítico en el que se dio más énfasis a la riqueza y a los pequeños liderazgos individuales, como ha sido sugerido para varios sitios formativos en la costa peruana (Kaulicke 1975; Pozorski y Pozorski 1977; Donnan [ed.] 1985; Netherly y Dillehay 1986; Grieder *et al.* 1987; Williams 1991; Elera 1992; Maldonado 1992; Moseley 1992; Burger 1993; Lavallée 2000).

Si se reflexiona brevemente sobre la organización política de estas sociedades complejas tempranas, se concluye que la inestabilidad de los cacicazgos individuales es casi universal en las sociedades complejas tempranas, a pesar de la persistencia, por largo tiempo, de tales sociedades en algunas regiones (Earle 1997). Incluso en los lugares donde tales sociedades continuaron, como en la costa y la sierra del Perú, diferentes áreas crecieron y decayeron en su riqueza y prestigio. En otras áreas, esta inestabilidad llegó a ser la base para el desarrollo posterior de semi-Estados y Estados. En los últimos dos milenios de la prehistoria andina, «caciques» y «señoríos» llegaron a poblar el paisaje arqueológico en muchas regiones de los Andes centro-sur sin que una u otra formación política accediera al poder absoluto sobre las otras.

El interés de los arqueólogos andinos por los cacicazgos ha sido un obstáculo fundamental para el entendimiento de la complejidad emergente debido a la confusión del término «desigualdad» con el de «jerarquía» (Earle 1997; Yoffee 2003). Casi todas las sociedades complejas emergentes en los Andes son clasificadas como jefaturas pequeñas o grandes. Esta clasificación es un instrumento del paradigma «banda-tribu-cacicazgo-Estado» postulado por Elman Service, en el que los términos «tribu» y «cacicazgo» han llegado a abarcar a toda sociedad que pueda ser definida entre una estructura igualitaria y un Estado. Por ejemplo, el concepto de 'cacicazgo', a pesar de los esfuerzos de algunos investigadores por esclarecerlo (*v.g.*, Earle 1997), se ha convertido, a los ojos de muchos arqueólogos, en la marca distintiva de una sociedad compleja emergente. Casi cualquier sociedad que muestre algún grado de diferenciación social es clasificada como tal. Sin embargo, gran parte de esa evidencia puede ser interpretada de una manera más conservadora al indicar diferencias transitorias o heterárquicas en estatus, aptitud e, incluso, en el tamaño de las viviendas entre varios líderes de diferentes sitios arqueológicos. A juicio del autor, no existen datos consistentes que demuestren la existencia de un poder centralizado y permanente en el Periodo Formativo.

2.1. Caso 1: sociedades de cazadores-recolectores simples

Para presentar el primer caso, se puede advertir la forma en que los etnoarqueólogos y los arqueólogos han enfocado el estudio de la conducta espacial en diferentes tipos de sociedades (Binford 1983; Brooks y Yellen 1987; Bender [ed.] 1990; Wandsnider 1991, 1998; Whitelaw 1991), y cómo esa conducta ha sido ilustrada mediante el énfasis en el análisis de la organización funcional del espacio en el caso de cazadores-recolectores y en el estudio de la organización simbólica del espacio en sociedades de agricultores sedentarios. Este contraste puede reflejar un sesgo en la orientación del trabajo antropológico sobre cada tipo de sociedad más que una diferencia real en la conducta de tales sociedades, algo que se ha heredado y arraigado en la etnoarqueología y arqueología andinas. Este sesgo trata a los cazadores-recolectores como sociedades menos complejas en su comportamiento y en su conducta social y simbólica, lo que permite aceptar una explicación menos elaborada para su comportamiento como una interpretación satisfactoria.

En los últimos 30 años, los arqueólogos procesuales, encabezados por Lewis Binford y su trabajo sobre la estructura de los sitios de cazadores-recolectores, desarrollaron, con algún detalle, teorías y metodologías acerca de una perspectiva funcional de la organización del espacio. Ese trabajo propuso la posibilidad de la reconstrucción de la conducta responsable de generar los patrones de desechos observables en los sitios arqueológicos. Sus modelos se construyeron, en principio, a partir de la simple mecánica y de las dimensiones del cuerpo humano para explorar las limitaciones que imponen y las tendencias que facilitan la formación de patrones de conducta a una pequeña escala. El ejemplo clásico es el modelo etnoarqueológico, desarrollado por Binford, de la actividad de varios individuos alrededor de un fogón, con zonas de desechos diferenciadas por los restos que cayeron directamente y/o los que fueron arrojados un poco más lejos. Cuando el modelo se aplica a la interpretación de un sitio, puede proporcionar la estructura mecánica básica con que se puede comparar el patrón real de desechos. En este sentido, se ha convertido en un instrumento de alcance medio para hacer cálculos y brinda una expectativa para conjeturar acerca de un patrón de desechos bajo un modelo diferente al de la simple organización espacial.

Es obvio que este es tan solo un modelo parcial de conducta. No es útil para explicar los detalles; puede sugerir el patrón de desechos producidos por unos pocos individuos que hablan y comen sentados alrededor de un fogón, pero no da cuenta de por qué se realizan ciertas actividades en diferentes lugares, ni sobre cómo estas actividades contribuirán a la formación de los patrones totales de desechos. Al aplicar este modelo a otro contexto etnoarqueológico, correspondiente al área de un campamento *!kung* realizado por Yellen (1977), un enfoque estructural al sitio da luces sobre la organización espacial de las áreas de actividad de una familia individual alrededor de cada fogón doméstico, pero no brinda un entendimiento del plano general del campamento: ¿por qué los hogares se sitúan en la forma en que lo hacen con respecto a los demás (es decir, los aspectos de distancia, orientación), las características naturales del área u otras áreas de actividad, entre otros? Al sobreponer el modelo de «zonas de amontonamiento» de Binford al patrón de desechos de los *!kung* de Yellen se obtiene un argumento de apoyo para esclarecer el contraste entre las áreas de procesamiento y las áreas de consumo de comida. Pero esto es lo más lejos que pueden ir los modelos funcionales/procesuales de Binford y otros autores. ¿Habrá algún otro aspecto de interés para aprovechar de los patrones documentados?

Al intentar ir más allá de los marcos funcionales/procesuales para entender la conducta espacial, surge el problema de dar cuenta del plano total del campamento con el objeto de anticipar qué factores sociales y simbólicos también pueden ser relevantes. En diversas publicaciones, varios arqueólogos y antropólogos han explicado que las comunidades de cazadores-recolectores se organizan espacialmente de acuerdo con patrones de interacción social, los que resultan, a menudo, en una representación directa de las relaciones de parentesco distribuidas en el espacio. Entre ellas está, por ejemplo, la localización espacial de grupos de parientes dentro de una comunidad. Este patrón, que vincula la conducta espacial y social, también se manifiesta de otras formas, como la distancia entre las diferentes unidades domésticas y su orientación. También hay variaciones importantes en la naturaleza de las interacciones sociales y económicas entre los miembros de una comunidad dada y su escala social. El espacio es usado, con frecuencia, como un regulador de las relaciones sociales mediante el control de los patrones de interacción.

Por ejemplo, entre los *!kung*, en la época lluviosa, las viviendas de los campamentos de una familia extensa se localizan muy cerca unas de otras y se distribuyen sin una estructura espacial clara. En un lapso

más largo, en los campamentos de la estación seca de una banda entera, el espacio entre una choza y otra es más grande y se adopta un plano general más formal, con las chozas orientadas, por lo general, hacia el centro, con lo que se enfatiza el carácter de unidad social cohesiva de la banda. A una escala más amplia, más cercana a la determinación de los datos arqueológicos, estas diferencias en patrones espaciales resultan en muy diversos niveles de densidad residencial para campamentos que representan distintas escalas del grupo social, con diferentes patrones de relación entre sus miembros. En una escala más grande de comparación cultural, las variaciones en el plano general del campamento y en los eslabones de densidad también se pueden vincular en forma directa con variaciones en las relaciones sociales de producción dentro de tales grupos. Tales eslabones espaciales cambian de forma sistemática junto con los contextos ambientales, puesto que las relaciones sociales de producción se vinculan con patrones de cooperación y competencia para la explotación de los recursos disponibles en un ambiente determinado. Después de una breve referencia a los factores funcionales/conductuales y sociales en la organización espacial de comunidades de cazadores-recolectores se continuará, con más detalle, con el estudio del componente menos atendido en el estudio de estos grupos del pasado: la organización simbólica y ritual del espacio.

Los antropólogos han investigado la organización simbólica del espacio entre grupos sedentarios y se han subrayado, con más frecuencia, dos conjuntos diferentes de inquietudes. El primero se refiere a la disposición relativa de partes determinadas de una unidad doméstica o de una comunidad como componentes del sitio en su integridad. El segundo se relaciona con la planificación u orientación de unidades domésticas individuales o de comunidades enteras con respecto a las características del entorno, bien sean marcadores locales —cerros, ríos, playas— o características geográficas generales (la salida del Sol o puntos geográficos particulares, tales como las montañas). En ambos sentidos, la unidad doméstica o la comunidad pueden brindar un vínculo concreto, en el universo material, con una serie de conceptos acerca del mundo más amplio y de la posición específica de los habitantes dentro de dicho orden conceptual.

Desde una perspectiva simbólica, la planificación espacial puede incorporar asociaciones particulares o significados adjuntos al espacio que actúen como modelos de relaciones domésticas ideales entre géneros o entre generaciones, como modelos de relaciones sociales o de estatus dentro de la sociedad —sea por categorías o grados de diferenciación—, como objetivación o legitimación de relaciones estructurales de dominación o poder, o como una representación del microcosmos o del universo y su orden. Es obvio que, al menos con este rango de opciones documentadas, los arqueólogos, interesados en decodificar el simbolismo espacial, no pueden identificar tan solo el orden como manifestación de un significado particular. Por ejemplo, como ocurre con el caso de la distribución de géneros entre los *!kung*, la interpretación de significados debe estar ligada a otras formas de generación de patrones con las que se siente confianza como para darles un soporte que sirva para construir un modelo de relaciones contextuales.

Otra inquietud se relaciona con la movilidad. En otra oportunidad, el autor sugirió que los grupos más móviles no solo se organizan con respecto a ciertos recursos, sino también a otra gente, con sus relaciones sociales y sus relaciones de producción (*cf.* Gamble 1999). De manera creciente, desde los grupos semisedentarios a los sedentarios —vinculados en forma más directa con la exploración de un ambiente más específico y limitado y, por lo general, con un comportamiento más territorial—, parecen estar más preocupados por rasgos fijos en el ambiente, tales como animales migrantes, recursos marinos a lo largo de la costa del Perú o canteras para la obtención de materias primas, como los materiales líticos.

Desde la aparición de la Nueva Arqueología en la década de los sesenta, la arqueología ha recibido críticas de empirismo similares a las que se hicieron a la geografía, aunque ellas no condujeron al mismo tipo de cambios paradigmáticos de gran escala. Mientras que los geógrafos debaten y discuten problemas y aspectos clave relativos a los paisajes culturales, los arqueólogos deben ir uno o tres pasos más allá para determinar la forma en la que deben hacer planteamientos concretos para considerar las críticas válidas hechas por los no procesualistas en relación con las culturas del pasado. Para lograr la comprensión de los paisajes culturales del pasado se han hecho diversos intentos, los que son evidentes, en particular, por la publicación de varios volúmenes y estudios recientes realizados sobre la «domesticación» del paisaje. La relación dialéctica entre prácticas culturales y ambiente construido ha sido un objeto de estudio al menos desde la década de los ochenta, cuando diferentes investigadores reconocieron que el paisaje cultural es, al mismo tiempo, un reflejo y una guía de la conducta humana.

Hay varios resultados significativos que constituyen productos de los debates relacionados con los paisajes culturales. En primer lugar, se advierte que la interacción humana con el paisaje no siempre resulta en marcadores materiales. Por ejemplo, los cazadores-recolectores de Australia tienen «mapas mentales» de lugares importantes que son recreados en sueños, pero que no son identificados con una señal o arquitectura determinadas. Estos *loci* son tan significativos para estos aborígenes y sus culturas como la monumentalidad de gran escala lo es para otros. En segundo lugar, se observa una conciencia creciente y la aplicación de conceptos de ‘lugar’ y ‘domesticación’ del espacio en las interpretaciones de las interacciones de las sociedades del pasado con sus ambientes. Por último, los arqueólogos han logrado estar cada vez más atentos a teorizar e identificar los mecanismos espaciales por cuyo medio las sociedades establecieron, concretaron, solidificaron o negociaron sus sentidos de identidad y cohesión. Aunque estos tópicos no son nuevos entre los investigadores de las sociedades sedentarias y complejas, solo en los últimos 15 años han llegado a utilizarse en el estudio de las sociedades de cazadores-recolectores.

Una revisión breve de los planteamientos de Boguchi (1999: 85-110) y Hodder (1990: 120) muestra que estos autores consideran la construcción inicial de arquitectura doméstica y sus desarrollos subsecuentes centrados en la unidad doméstica y en las áreas de actividad de ese carácter como focos de importancia en las transformaciones sociales entre poblaciones neolíticas europeas. Así como se transformó la naturaleza de la ocupación humana del paisaje, del mismo modo cambió la naturaleza de la interacción humana entre cada uno de los individuos. Al mismo tiempo que se comenzó a alterar física e intencionalmente el paisaje —mediante la arquitectura simple, de pequeña escala, y de la ocupación repetida y cada vez más permanente en algunos lugares—, también se desarrolló un sentido de «lugar» junto con uno de cohesión con los individuos o familias con quienes se compartía ese espacio, en particular en aquellos casos en los que participaron en actividades domésticas comunales. A esto se puede sumar la idea de Wilson de la domesticación del espacio (Wilson 1988). Él considera que los cambios en la naturaleza de la interacción entre las personas conforman uno de los factores clave que facilitan el cambio hacia la residencia permanente y la «domesticidad» de la vida social. La proximidad espacial de las personas llega a ser regularizada y permanente en un lugar fijo a causa de las sociedades «domesticadas», lo que facilita la creación y mantenimiento de límites territoriales y sociales. Aunque este punto crucial de Wilson es hipotético y difícil de probar por medio de la arqueología, aquí radica el núcleo del desarrollo del papel y estatus del «individuo colindante» como facilitador de gran competencia y diferenciación, algo que lleva a cambios sociales complejos en última instancia.

En resumen, todos los estudios mencionados y muchos más se enfocan en principios de organización social y económica, y en sus expresiones materiales en el registro arqueológico. El análisis de estos principios y expresiones requiere del estudio de indicios espaciales y temporales de movilidad, instalación y reunión. Desde una perspectiva metodológica, Binford (1983), Wandsnider (1991, 1998), Politis (1996) y otros investigadores han introducido los conceptos de ‘congruencia espacial’ y ‘continuidad temporal’ para ayudar a describir estos tipos de indicios arqueológicos. La congruencia espacial se refiere, por ejemplo, al grado en el que un mismo lugar es usado y reutilizado en el tiempo, e incorpora nociones de frecuencia ocupacional y duración. Una alta continuidad temporal significa que un lugar será usado en eventos de ocupación muy largos. La reutilización, reocupación y tiempo de uso del sitio y del paisaje tienen importantes implicancias para la organización social y económica de los cazadores-recolectores y para modelos de movilidad como el desarrollado por Binford acerca de la organización logística y residencial de este tipo de grupos, el que implica el uso, reutilización, dispersión y reunión de individuos por medio del paisaje. Estos y otros modelos han sido usados para discutir la organización social y económica, así como los diferentes grados de movilidad de cazadores-recolectores, y lo que implican acerca de la complejidad emergente y otros principios de organización espacial, social y económica.

Para ofrecer un ejemplo de la reutilización de «espacios domesticados» y de localización, reunión social y complejidad incipiente, a continuación se mostrará el estudio de un ejemplo en el valle de Zaña, costa norte del Perú (Fig. 1), enfocado en el desarrollo socioeconómico y de los asentamientos en un intervalo entre el final de la parte más temprana de la fase Pircas (alrededor de 8500-6000 a.p.) y el Periodo Precerámico Medio de la fase Tierra Blanca (6000-4500 a.p.; Dillehay *et al.* 1999). Este un periodo de la época llamada hipsitermal, cuando había mucha aridez y se dio un ascenso en el nivel del mar.

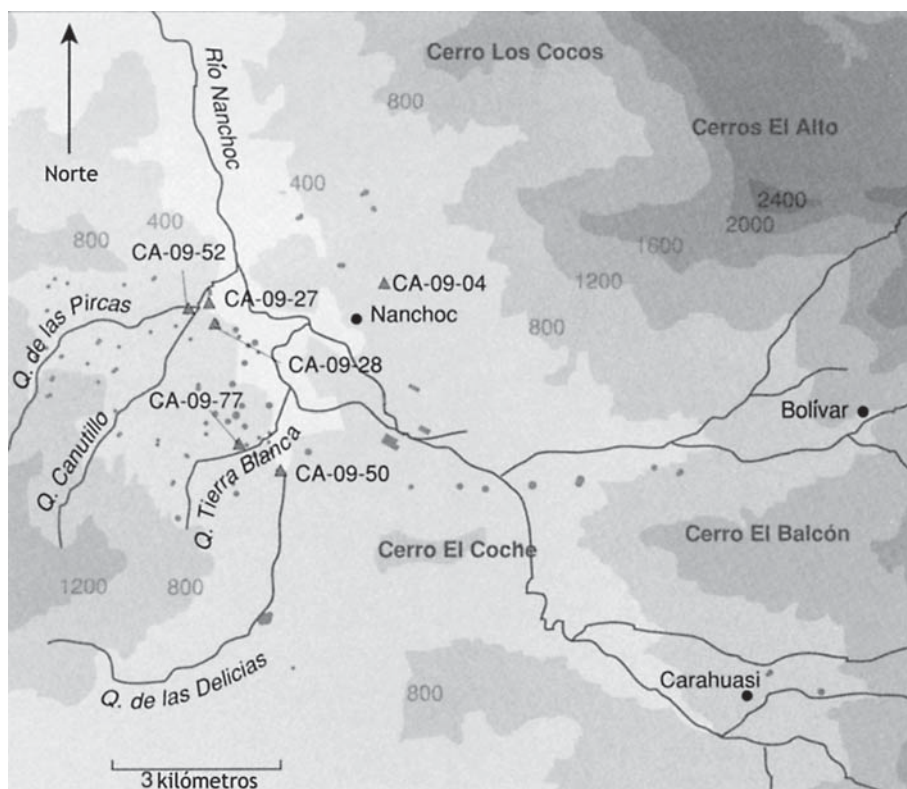


Fig. 1. Sitios domésticos de las fases Pircas y Tierra Blanca en el valle de Zaña, costa norte del Perú (elaboración del dibujo: Tom D. Dillehay).

La evidencia sugiere que, en un inicio, los grupos pircas fueron trashumantes entre la costa y la sierra, lo que generó un registro arqueológico definido por artefactos líticos y fogones dispersos. Más tarde, redujeron su movilidad, se concentraron y establecieron campamentos semipermanentes en los bordes de los ecotonos de las lomas andinas, cerca de fuentes de agua activas y equidistantes de la costa del Pacífico y de las lomas de las vertientes. En este tiempo construyeron estructuras de planta circular caracterizadas por agrupaciones dispersas, artefactos líticos de tamaño grande a mediano y secuencias delgadas de superficies habitacionales —de menos de 1 centímetro— que sugieren ocupaciones estacionales reiteradas en los mismos sitios. Los sitios posteriores, de la fase Tierra Blanca, más permanentes y grandes, estuvieron mucho más restringidos, como lo indica la presencia de materia prima local para los artefactos líticos, piedras de moler más grandes y numerosas, restos variados de comida vegetal y animal, y cinco o más estructuras de piedra de planta rectangular, permanentes y segmentadas, que sugieren chozas domésticas. La excavación de estas estructuras reveló pisos de habitación delgados —entre 3 a 10 centímetros—, indicativos de ocupación continua o permanente. Estos datos, en conjunto, indican un cambio de patrón de asentamiento de la fase Pircas Temprano, de bandas grandes basadas en movimientos entre las planicies costeras y las laderas de las montañas, probablemente estacionales, a un patrón tardío circunscrito de pequeños grupos ubicados en ambientes localizados y diversos a lo largo del ecotono de la costa y los piedemontes. Los sitios más tardíos y permanentes de Tierra Blanca brindaron, con probabilidad, un lugar estable para que la gente mantuviera un contacto e intercambio social prolongado, y mejorara las condiciones para un posible crecimiento de la población.

La reocupación persistente de los mismos emplazamientos, el incremento de la duración de la ocupación en los sitios seleccionados, la intensificación económica de recursos silvestres y semidomesticados locales, el uso casi exclusivo de materias primas locales, la presencia de fogones al interior y fuera de las viviendas, el incremento de tecnologías de fabricación de artefactos de piedra simples y el aumento en el

número de actividades comunales refuerzan la interpretación acerca del desarrollo significativo alcanzado de un sentido de «lugar local» y de cohesión del grupo durante este periodo. Las estructuras precerámicas variaron en el tiempo en su forma desde dos a ocho pequeñas chozas de planta circular agrupadas en la fase Pircas a cinco o más estructuras de planta rectangular en la fase Tierra Blanca. Las chozas pircas muestran reocupación esporádica —tal vez estacional—, mientras que las estructuras de Tierra Blanca indican grupos sedentarios.

Durante este periodo se desarrollaron varios rasgos culturales: planificación y toma de decisiones, manejo de los riesgos, compartimiento de recursos entre grupos diferentes e innovaciones tecnológicas. A pesar de que todas esas transformaciones ocurrieron durante el periodo más árido en la costa norte, corresponden a uno de los cambios culturales y sociales más importantes en la zona, lo que indica que las variaciones climáticas de la época no eran factores limitantes para los pobladores y que ellos se adaptaron bien a sus condiciones. El autor sostiene que el factor más importante para determinar el movimiento de los grupos de Pircas y Tierra Blanca a largo plazo y a larga distancia en diferentes paisajes fue su habilidad o flexibilidad para adaptar su tecnología y su organización social a la explotación de nuevos recursos alimenticios y, aun así, mantener las alianzas sociales con los grupos vecinos o los grupos distantes. Aunque los ambientes del Pleistoceno y Holoceno de la costa norte y otras áreas de los Andes centrales determinaron la estructura de los recursos e influyeron en la respuesta humana a su explotación, los grupos humanos del Periodo Precerámico crearon las condiciones y estructuras en que ellos vivieron y formaron, a su vez, las instituciones y creencias que controlaban directamente o se encontraban más allá de su dominio. Lo que distingue a estos grupos de cazadores-recolectores es el cambio de un trueque de productos exóticos y un enfoque «hacia afuera» durante la fase Pircas a una implosión social interna y una reducción del trueque con grupos externos durante la fase Tierra Blanca. Esto indica que, antes de que se desarrollaran redes internas de trueque, se requería un progreso externo social con el objeto de integrarse, para luego dirigir los intereses y esfuerzos «hacia afuera» de nuevo. Todos estos aspectos constituían impulsos importantes en el desarrollo de la complejidad incipiente en el Periodo Precerámico Temprano.

2.2. Caso 2: sociedades de cazadores-recolectores complejos y agricultores

Siempre se ha asumido que la adopción inicial de la agricultura mixta y estable, los asentamientos permanentes y los monumentos funerarios y ceremoniales se dieron durante el Periodo Formativo Temprano o en las etapas tempranas del Neolítico (Bender [ed.] 1990; Thomas 1991, 1995). En lugar de tener evidencias de una agricultura estable y mixta, hay signos generales de un patrón de asentamiento más móvil, asociado con una intensificación de la caza y la recolección, así como el cuidado de pequeñas huertas. En vez de viviendas elaboradas destinadas a los vivos y para definir más la diferenciación social entre ellos, se encuentran, a menudo, monumentos para los muertos, tales como los túmulos de tierra o los amontonamientos de piedras en el Viejo Mundo, los montículos de tierra de poca altura —como los de Watson Brake, en el delta del Mississippi— y el cementerio de Nanchoc, en el Perú. Con frecuencia, se asume que la construcción de los monumentos fue financiada con el excedente generado por la agricultura, pero en muchas áreas del mundo los primeros monumentos se encuentran junto con las primeras plantas y/o animales domésticos mezclados con una economía de cacería y recolección; algunas veces, las evidencias más antiguas de un uso intensivo de la tierra solo aparecen después de la construcción de los montículos. La gran mayoría de los edificios monumentales tempranos parecen haber tenido un papel especializado en un paisaje en el que los otros signos de actividad humana están dispersos y son efímeros. También es posible encontrar una variedad de montículos asociados con los restos de los muertos. De hecho, estos monumentos parecen eclipsar las viviendas de la población viva en varias sociedades tempranas en el mundo.

Nuevamente, uno de los casos que sirven como base para ilustrar estos puntos corresponde a los comienzos del Periodo Precerámico Tardío y al Periodo Formativo en el Perú. Los arquitectos andinos le dieron variadas formas al potencial comunicativo de los monumentos y es posible que estos sugieran varios amplios patrones. Los montículos más grandes fueron construidos de tal manera que tienen altos ángulos de incidencia, amplias vistas en todos los sentidos y construcciones alrededor con el objeto de

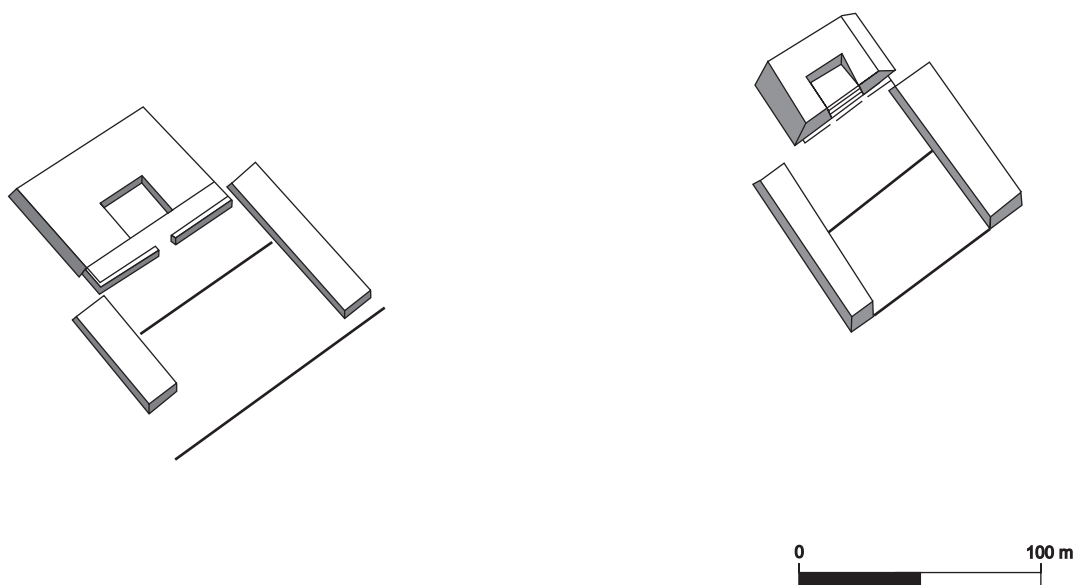


Fig. 2. Vista esquemática de las estructuras con planta en forma de «U» en el sitio de San Luis, valle de Zaña, costa norte del Perú (elaboración del dibujo: Tom D. Dillehay).

enfatar la altura de la estructura. Como ejemplos de tales edificios están las estructuras con planta en forma de «U» de La Galgada, Garagay y Cardal en el Perú (véase Kaulicke 1975, 1997; Ravines y Isbell 1975; Alva 1981, 1987; Lathrap 1985; Shady 1986; Grieder *et al.* 1987; Bonavia 1991; Williams 1991; Elera 1992; Burger 1993; Shady y Leyva [eds.] 2003). Estos monumentos muy visibles de los periodos más tempranos sugieren un grupo social más grande que pudo haber incluido grandes y diversos segmentos de las poblaciones que, tal vez, fueron reunidos de diferentes formas dentro del espacio en forma de «U» (Fig. 2). En tales ambientes, la organización espacial de los monumentos andinos de los cazadores-recolectores tardíos fue muy diversa, lo que daba forma a su potencial comunicativo. Más tarde, los monumentos de los moche, que no poseen dicha planta característica, indican la presencia de una audiencia que se colocaba en la base del montículo, lo que sugiere una división social entre los participantes en la ceremonia ubicados en la cima del montículo y la audiencia de la parte baja.

Está claro que los monumentos peruanos tempranos con planta en forma de «U» constituyen productos de proyectos de diseño arquitectónico que fueron concebidos antes de su ejecución en el campo. Para el caso de los monumentos más grandes, como La Florida y Salinas de Chao, la observación podría aplicarse para cada estadio de su desarrollo. Además, por lo general, la arquitectura de estos monumentos está regida por ciertos principios estructurales elementales basados en la simetría y la asimetría. Para muchos de ellos, la intención general puede ser identificada a partir de la planificación del terreno. Es evidente que, cuando lo juzgaron necesario, las sociedades del Periodo Precerámico Tardío eran perfectamente capaces de emplear una simetría estricta para el diseño de los montículos-plataforma y de la arquitectura funeraria más antiguos, y que implementaron estos principios en el campo con rigor y precisión. Estas construcciones respondieron con facilidad a formas tanto de simetría radial, como se observa en los patios circulares hundidos, o de simetría axial, como ocurre en el caso del complejo de Sechín Alto, en el valle de Casma.

En estos monumentos tempranos se estableció una relación nueva y muy especial con el espacio material. Sin duda, esa fue la nueva actitud que se expresó entre los cazadores-recolectores marítimos, así

como entre los pastores y los agricultores incipientes, que estuvieron también entre los primeros que adoptaron la domesticación de plantas y animales en los Andes centrales. Es cierto que los principios básicos que subyacen a estos proyectos arquitectónicos se pudieron haber originado o desarrollado a un nivel muy grande en el contexto de sistemas cognitivos y visiones del mundo asociados con las sociedades de cazadores-recolectores móviles y sedentarios ya discutidos arriba. Sobre todo, es sorprendente observar cómo, aproximadamente desde el Periodo Precerámico Medio, estas construcciones monumentales constituyeron, en sí mismas, las «semillas» que luego fueron desarrolladas y elaboradas en forma extensa por la gente del Periodo Inicial. Es casi como si ellas hubieran sido una parte integral de su profunda esencia.

En estas estructuras con planta en forma de «U» se pueden analizar la reutilización y el tiempo de uso para estudiar ciertos principios de la organización social. La idea de una temporalidad o ritmo social en el uso de los edificios públicos ha recibido una limitada atención por parte de los arqueólogos del área andina, quienes, por lo general, ven la dimensión temporal de las relaciones sociales del pasado desde la perspectiva de periodos amplios de desarrollo cultural, con ciclos de ocupación y abandono. La estratigrafía de un lugar representa el registro empírico para el uso de un sitio, sus fases temporales de construcción, y sus ciclos de ocupación y abandono. En otras palabras, la estratigrafía se forma mediante las acciones de la gente que construye y usa las estructuras en diversos periodos y temporalidades. En consecuencia, los estudios acerca de la estratigrafía, uso del sitio, las fases de construcción de edificios y el plano modelo para determinar su tamaño y forma aportan luces para comprender el orden social y los procesos sociales que estaban ocurriendo.

El concepto 'uso del sitio' se refiere a un único, continuo y breve intervalo de tiempo —una semana, un mes, una estación, o quizás un año—, como es sugerido por el leve espesor, la extensión horizontal de los pisos de habitación y por los desechos recuperados en ellos. La temporalidad de uso del sitio es diferente; se refiere a la frecuencia y al cambio de énfasis y ritmo de ocupación de una localidad específica, así sea un sitio en el paisaje, un lugar particular o el tiempo de uso de un edificio (*sensu* Wandsnider 1998). Una estratigrafía continua indica una ocupación o una temporalidad ininterrumpida por parte de un mismo grupo o de diferentes grupos. Una estratigrafía discontinua representa temporalidades definidas por lapsos o ciclos de uso y abandono de un sitio, algo que puede estar relacionado con eventos culturales o naturales. Cuando se dieron lapsos de ocupación, como se evidencia en la estratigrafía, ocurrió también una separación más grande de la participación de los grupos en las actividades y, por lo tanto, existió una mayor distancia entre ellos. Así, un sitio está formado por estos ritmos de temporalidades diferentes de ocupación y abandono. Al estudiar el registro estratigráfico, con pisos definidos con claridad y con niveles estériles en términos culturales, que son indicativos de ciclos de uso y abandono, se puede comprender la relación entre episodios distintos, temporales y espaciales del uso y desuso para estudiar, de esa manera, los cambios en la organización de la conducta en áreas de yacimientos muy localizados o delimitados espacialmente, tales como las pirámides con planta en forma de «U» (Dillehay 1998; Fig. 3).

Para la aplicación de este enfoque es esencial un énfasis metodológico en la estratigrafía, en especial los microestratos conformados por ciclos de pisos de uso distinto y los niveles de abandono culturalmente estériles. Por lo general, los microestratos de las estructuras de planta en forma de «U» no han sido registrados por parte de los arqueólogos que trabajan en el Perú; cuando han sido identificados, eso ha ocurrido *ex post facto* y, con frecuencia, son registrados como episodios de construcción o reconstrucción, que se observan por adiciones de paredes y habitaciones, o macroestratos más que como episodios intermitentes de uso y/o abandono. En este tipo de estudio, tanto los microestratos como los macroestratos constituyen unidades importantes de análisis que proporcionan información acerca de eventos culturales y sociales específicos y, sobre todo, brindan un registro de sus historias secuenciales, sincrónicas y coalescentes, como en San Luis y sus viviendas asociadas (Dillehay 2004).

Para los arqueólogos es de particular importancia el ordenamiento temporal y espacial de las sociedades complejas. Este ordenamiento, estructura —y es estructurado— por las acciones sociales. La literatura geográfica ha demostrado que los significados de los espacios y lugares son constituidos histórica y socialmente, y que variaban en el tiempo. El significado de un lugar afecta directamente los tipos de eventos que se realizan allí y, de manera simultánea, los eventos afectan el significado de los lugares. El tiempo, como el espacio, se constituye socialmente y, como tal, también porta significados. Los conceptos de tiempo

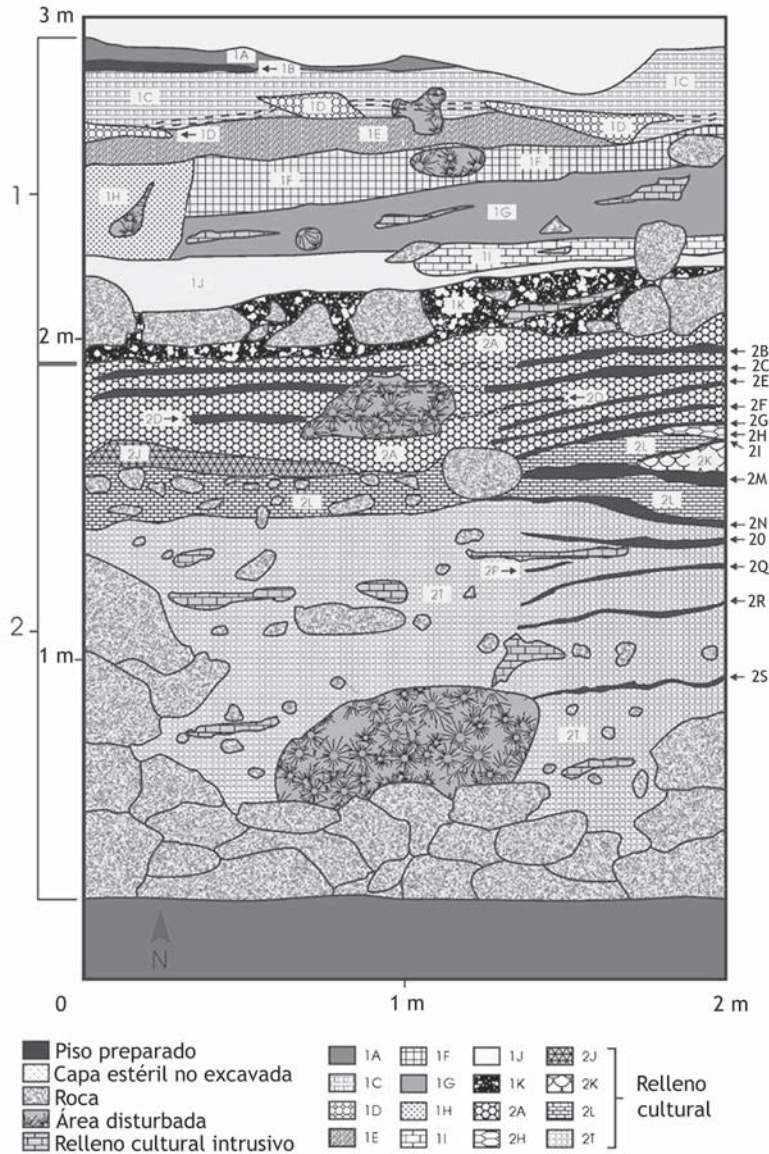


Fig. 3. Vista esquemática del perfil estratigráfico de un muro de una de las estructuras con planta en forma de «U» en el yacimiento de San Luis. Nótense los pisos delgados y discontinuados (pisos negros o prepared used floors) que corresponden a un ritmo esporádico en el uso del sitio (elaboración del dibujo: Tom D. Dillehay).

producidos de forma cultural son formados por y mediante diversas prácticas sociales, y todas ellas son estructuradas y sincronizadas por conjuntos de lugares. En otras palabras, la gente estructura socialmente el ritmo o la temporalidad de sus actividades solo cuando ellas se localizan en ambientes construidos. Lo que resulta es un ciclo de significados, acciones, temporalidades y lugares que se influyen, constituyen y estructuran uno en relación con el otro. El poder social emerge de las relaciones temporales, espaciales o de otro tipo entre actores que reconocen, mutuamente, un contexto competitivo o cooperativo de prácticas y rutinas cotidianas. En sociedades que experimentan un cambio social intenso, estas prácticas crean —y son creadas— por nuevas formas de experimentar el tiempo y el espacio, las que afectan el ritmo de la vida y producen nuevos lugares para acomodar eventos asociados con el cambio. Estas nuevas experiencias resultan, con frecuencia, en lo que Harvey describe como «compresión de tiempo y espacio» (1989: 67),

es decir, las condiciones tecnológicas, ideológicas, políticas y/o económicas que aceleran el transporte de bienes y la comunicación de nuevas ideas.

En este sentido, tanto el tiempo como el espacio se reducen en escala y en ámbito por medio de instrumentos innovadores para alcanzar los objetivos sociales. Como ejemplos se pueden citar la rapidez del ritmo y dispersión del desarrollo socioeconómico incentivado por la Revolución Industrial del siglo XIX, el desplazamiento rápido de gente de un lugar a otro gracias a los sistemas de transporte y la transmisión global de información en pocos segundos mediante las computadoras y las plantas de ensamblaje multipropósito —como, por ejemplo, las de la compañía Ford— para una producción de costos más eficiente. En un sentido similar, pero a la inversa, otros instrumentos —o algunos similares— pueden actuar como posibles «extensiones de tiempo y espacio», es decir, para *expandir* más que para comprimir el tiempo y/o el espacio con el objeto de demorar o retardar, en forma intencional, ciertos desarrollos o prácticas. Ejemplos modernos pueden ser los movimientos en favor del consumo de comidas «lentas» que se iniciaron en Italia y que fueron diseñados para cambiar el incremento del consumo general de comidas rápidas baratas por comidas saludables de «preparación casera», elaboradas en forma delicada y producidas localmente, o las reuniones *town hall* del presidente Clinton en la década de los noventa, que fueron organizadas para bajar el ritmo de las agendas políticas nacionales de manera que pudieran incluir más participación de carácter local y regional. Los instrumentos de compresión y extensión de tiempo y espacio no están limitados a la era moderna, sino que también existieron en el pasado preindustrial como mecanismos para incrementar, disminuir o, incluso, resistir a amplios procesos sociales, económicos y culturales.

Un aspecto crítico para estudiar sobre el que se enfoca este ensayo es la cuestión de que si algunas comunidades del Periodo Precerámico Tardío, regidas por formas jerárquicas de poder o por otros sistemas, y que actuaban como unidades independientes, fueron capaces, por sí mismas, de tomar distancia en relación con procesos de integración de gran escala a los que estaban sujetas. Esto pudo ocurrir mediante su oposición a ellos, criticándolos o retándolos, y estableciendo un ritmo o temporalidad para la integración social en sus propios términos, valiéndose, para ello, de lugares contruidos especialmente, como los sitios ceremoniales, en particular en tiempos de riesgo e incertidumbre, un proceso que debe de haber estado asociado con sociedades tempranas que adoptaban nuevas formas sociales y tecnológicas de producción. En otras palabras, las acciones de los individuos en estas sociedades pudieron haber producido reuniones periódicas comunales, rotación de líderes temporales basada en una situación política relativa y diferentes relaciones de intercambio de acuerdo con el tiempo y las circunstancias —algo que refleja compresiones o extensiones de tiempo y espacio— con el objetivo de asumir las nuevas condiciones de integración social y para acelerar, desalentar o negociar la centralización política en sus propios términos.

El autor sostiene que, durante el Periodo Precerámico Tardío y el Periodo Inicial Temprano, las comunidades basadas en unidades domésticas muy autónomas y de pequeña escala, tanto en la costa como en la sierra del Perú, compartían o competían por recursos diversos. Este tipo de ideología expandió la religión, la construcción monumental y un simbolismo elaborado para la integración social y, luego, la centralización de manera política. El autor sugiere que el grado de influencia y de éxito de esta ideología sobre las comunidades fue negociado entre individuos locales y no locales en un contexto en el que cada una organizaba sus interacciones sociales de diferente manera. Esto tuvo como consecuencia el origen de múltiples versiones de esta ideología que variaban en las dimensiones de la jerarquía social, heterarquía y complejidad horizontal en cuyo contexto ninguna de ellas dominaba lo suficiente como para eliminar al resto. Aunque las comunidades compartían arquitectura comunal y estilos simbólicos, muchas conservaron su autonomía y nunca fueron integradas del todo dentro de la ideología de mayor escala; otras fueron integradas por completo tanto social como políticamente. Esta situación implica, entonces, que hubo momentos en los que algunas comunidades debieron de hacer elecciones para distribuir los mecanismos de toma de decisiones y el poder social para la realización de trabajos —y entre las unidades domésticas— para maximizar la participación comunitaria y para minimizar el manejo administrativo individual que condujera al liderazgo permanente o, al contrario en algunos casos, para optar por la centralización política y la jerarquía.

Para resumir, los diversos principios de organización involucrados en la generación social de proyectos arquitectónicos de gran escala fueron, probablemente, los patrones de parentesco, el estatus socioeconómico,

los vínculos del cosmos con la tierra y la segregación de individuos o grupos de individuos por edad y género. Estos principios se pueden plasmar por medio de mecanismos muy diversos: oposiciones estructuradas, establecimiento de un *axis mundi* (eje del universo) y de una *imago mundi* (imagen del mundo), estructuras concéntricas y diametrales, espacios simétricos y circunscritos, homologías entre el cuerpo humano y el cosmos, circunscripciones, simetrías y asimetrías. El caso de San Luis también representa un momento de esta «implosión» interna que refleja un momento de integración antes de expandirse. Sin embargo, en este caso la diferencia está en que la fuerza centrípeta se relaciona más con el aspecto socioritual.

2.3. Caso 3: complejidad emergente tardía de los araucanos

En tiempos más tardíos en los Andes del sur, los araucanos o mapuche del Chile sur-central se transformaron de una sociedad hortícola incipiente, compuesta por constructores de pequeños montículos (1150-1500 d.C.), en una sociedad con una política agrícola expansionista conformada por confederaciones de jefaturas (1500-1900 d.C.) que construyeron complejos de grandes montículos ceremoniales, aldeas agrícolas extensas y redes defensivas para resistir, en primer lugar, a los inka y, posteriormente, a la dominación europea (Dillehay 1985, 1999, 2007; Zavala 2000).

Las estrategias de complejidad emergente y la formación política araucanas se infieren, ante todo, de textos históricos tempranos en los que se presentan fechas y se nombran los eventos, el tamaño y el movimiento de linajes específicos con fines competitivos y la anexión de jefaturas, el ascenso y la caída cíclica de los linajes principales, las alianzas interlinajes y los conflictos con los conquistadores españoles. Lo más importante para la prueba y control arqueológicos es que en estos documentos se nombra y se fecha la ubicación de las áreas residenciales de los linajes y de los complejos de montículos (*kueles*) que conforman paisajes ceremoniales correspondientes a linajes individuales, sobre todo en el área de Purén-Lumaco, cerca de la costa del Pacífico (Fig. 4). Estos patrones y datos constituyen un caso extraordinario para estudiar variables específicas y relaciones funcionales que figuran en el cambio y surgimiento de una sociedad compleja. Esta se expresa arqueológicamente en la presencia de un juego típico de rasgos «formativos» andinos, como son, por ejemplo, la presencia de montículos funerarios, bienes exóticos, separación de espacios públicos y privados, diferenciación social, agricultura intensiva, entre otros.

Los registros escritos indican que, en su larga lucha con los extranjeros, los araucanos sufrían grandes cambios sociales, económicos y político-religiosos. Algunos grupos eran derrotados y fragmentados, y otros desarrollaban en su interior un poder político compuesto de poderosos patrilinajes dinástico-confederados. Los líderes de estos linajes negociaron —de manera ideológica, militar y económica— una acción táctica y orgánica de poder para reestructurar fuerzas sociales, religiosas y económicas tradicionales, y para formar lo que Ercilla y Zúñiga (1976 [1569]) denominó como Estado araucano en las áreas de Purén-Lumaco, Arauco y la región de Tucapel (*cf.* Latham 1928; Medina 1978). Este tipo de política se convirtió en el centro de la resistencia araucana entre 1550 a 1800 d.C. En el siglo XVII, este «Estado» se expandió hacia Argentina, con lo que quedó en segundo lugar en relación con el imperio inka en términos de su inmensa influencia cultural y extensión geopolítica.

Es difícil de clasificar el nivel más alto de desarrollo sociopolítico logrado por los araucanos. En muchos ámbitos lograron un nivel de complejidad organizacional a escala geopolítica con las que se podría asociar un incipiente Estado en expansión. Mientras algunos aspectos son propios del concepto de 'Estado' —por ejemplo, gran extensión de territorio, jerarquía multidispuesta y abastecimiento centralizado de varios tipos de servicios públicos—, otros rasgos indican una organización horizontal o heterárquica, con acuerdos generales dentro de una política orgánica de jefes confederados en que los distintos segmentos componentes mantenían diversos grados de autonomía. De este modo, aunque a este «Estado» le faltaron muchas instituciones e infraestructura de un sistema propiamente estatal —como una ciudad capital o un sistema de impuestos formales—, su expansión sobre una gran parte de la Argentina (Mandrini 1984), sus 400 años de resistencia a los invasores extranjeros y su fuerte influencia cultural en el área sur de Sudamérica han logrado que no sea considerado tan solo como una forma de organización del nivel de jefaturas confederadas.

Un aspecto clave para comprender la complejidad emergente y la prolongada resistencia de los araucanos entre 1550 y 1750 d.C. es la lucha de los principales linajes representantes por imponer un nivel más alto



Fig. 4. Vista general de un montículo o kuel araucano en el sur-centro de Chile (elaboración del dibujo: Tom D. Dillehay).

y centralizado de orden político y económico, y una nueva organización social con fines de una estrategia política. El surgimiento primario de una agricultura incipiente y la construcción de pequeños montículos entre 1200 a 1500 d.C. estuvieron relacionados con el crecimiento de la población, igualdad social, festines competitivos y diferentes relaciones de poder entre linajes locales y circunscritos a valles féculos. En el lapso entre 1500 a 1600 d.C., el desarrollo «explosivo» de complejos de montículos a gran escala y la extensión de linajes y aldeas agrícolas en el valle de Purén-Lumaco representan cambios políticos y la existencia de amplios asentamientos (Dillehay 1999). Estas circunstancias se volvieron coyunturas importantes para la nucleación de la población, la aparición de asentamientos jerárquicos, la centralización político-religiosa y la reorganización social, lo que representa un aumento en la complejidad y en la formación política.

Sobre la base de las evidencias arqueológicas y etnohistóricas se puede plantear la hipótesis de que el desarrollo de esta política está relacionado con el «poder táctico, estructural y organizacional» de los jefes principales (Wolf 1999: 22) que, drásticamente y rápidamente, reorganizaron y transformaron la sociedad de una formación de horticultores tribales a un nivel sociopolítico más alto gracias a los siguientes mecanismos: 1) el reclutamiento de grupos fragmentados por efecto de la guerra a lo largo de la frontera española-araucana, y su incorporación en el linaje —o su ubicación en linajes bajo ellos— mediante festividades públicas efectuadas en complejos de montículos ceremoniales de gran tamaño o *kueles*, y 2) la expansión geográfica, por medio de la anexión de territorios pertenecientes a linajes vecinos y de los montículos de importancia secundaria presentes en ellos. Tales estrategias les permitieron a los jefes incrementar el tamaño de sus linajes, obtener más guerreros, consolidar su coherencia interna, extender su alcance geopolítico, unificarse políticamente y confederarse entre ellos. Ambos registros, el documento escrito y el dato arqueológico, sugieren que el poder geográfico de los jefes cambiaba de un linaje dinástico a otro en forma de liderazgos cíclicos, en un proceso en el que se ganaba y se perdía poder. Si bien no todas estas transformaciones ocurrieron de manera uniforme en el territorio araucano, estas se dieron en situaciones estratégicas cuando eran favorables para la defensa geopolítica, la nucleación sostenida de la población y la agricultura intensiva, y sirvieron para que algunos linajes locales opusieran una larga resistencia a los invasores extranjeros.

Por último, ciertos temas desarrollados en la literatura arqueológica reciente sobre el surgimiento de la complejidad encuentran una particular resonancia en el caso araucano. Uno de ellos corresponde al continuo esfuerzo para centrarse en el surgimiento de diferentes formas de relaciones heterárquicas, jerárquicas y no jerárquicas entre facciones en competencia (en lugar de su elaboración dentro de las formaciones de jefaturas), así como el énfasis en documentar la variabilidad en las diferentes formas y las trayectorias de desarrollo de la complejidad social, el impulso, la desigualdad y la representatividad y, principalmente, los factores de liderazgo de ciertos individuos y el carácter cíclico del poder.

La teoría de la autoridad, o de los «agentes» o «representantes» individuales, no contempla las acciones y límites de una política solo demarcada por un control centralizado, sino también conformada por redes integradas de representantes para la competencia y la negociación. Los agentes o representantes requieren conocimiento de la estructura tradicional de la sociedad dentro de la que ellos operan (Allen 1999; Dobres y Robb 2000) y una posición social dentro de ella que les permita intervenir para ocasionar cambios vis a vis acerca de las condiciones y principios estructurales locales. Las organizaciones sociales, religiosas y políticas son aspectos de los principios estructurales de una sociedad y ciertos representantes tradicionales pueden haber utilizado sus conocimientos para modificarlos. Esto es particularmente significativo en los jefes araucanos de las áreas de Purén-Lumaco y Arauco, y la región de Tucapel que actuaron como representantes o agentes al originar un determinado cambio, más eficaz y de orden mayor, que reestructuró la organización sociopolítica, económica y religiosa tradicional de los linajes ante las amenazas externas.

De los textos tempranos se puede inferir que ciertos líderes —como Anganamón, Pelantaro y Butapichón, en la zona de Purén-Lumaco— impusieron una nueva estrategia u organización táctica que estableció contextos o escenarios político-religiosos específicos, como los *kueles* o complejos de montículos, que llevaron al liderazgo competitivo para reclutar linajes derrotados y para anexar a otros. Los textos nombran y ubican los linajes que fueron reclutados por los líderes de Purén y describen los lugares donde se establecieron en el valle del mismo nombre. Para citar un ejemplo, un poderoso jefe del sector de Ipinco, en el valle de Purén, reclutó a un grupo del sector de Guadaba, localizado a 25 kilómetros al noreste. El autor ubicó complejos de *kueles* y aldeas agrícolas en el sitio de Ipinco; dos de ellos contienen cerámica local y no local (Dillehay 2007). Estos líderes eran grandes jefes (*ülmen futra longko*, comúnmente conocidos como *toqui*), muy experimentados en la guerra táctica y en la incorporación orgánica de linajes fragmentados a sus propios linajes. La afiliación de otros linajes sirvió para incrementar la complejidad social del linaje «contratante» (*recruiter*) y la fuerza laboral para los proyectos comunales —producción agrícola o construcción de *kueles* para festines interlinajes— y para el éxito en la guerra. La anexión de linajes vecinos involucró el control de sus tierras y la mano de obra disponible y, a veces, la construcción de *kueles* de pequeña escala. Es decir, los jefes del linaje más poderoso e influyente transformaron a sus vecinos en una extensión de ellos mismos. En suma, el modelo organizacional de los jefes principales sugerido por los textos se expresa en el control de las ceremonias de festines en los *rebues*, ambos en los territorios de las viviendas y tierras anexadas, lo que, en parte, definió el poder del jefe y su capacidad para abastecer una red más grande de linajes alineados bajo su mando y control, y para construir su poderío militar. Este jefe siempre reclutó y anexó los linajes cuyos miembros estaban en un nivel jerárquico más bajo que el del linaje contratante, lo que originó, a su vez, nuevos y mayores niveles jerárquicos dentro del mismo.

La noción general de una estructura cíclica que, posteriormente, logra un elevado nivel de organización —es decir, político— corresponde bien al caso araucano. Algunos líderes de esta sociedad estaban unidos en un nivel más alto, interregional y confederado de orden político-religioso, con lo que se superaban las limitaciones de las jefaturas locales cíclicas, se aumentaba la producción de agricultura, se adoptaban nuevas tecnologías e incorporaban a los nuevos seguidores. Aunque se alcanzó un orden político más alto y más estable, nunca se logró un verdadero Estado con una capital permanente y con una estructura de dirección claramente centralizada. En cambio, se estableció una organización confederada de jerarquías regionales debido, por un lado, al surgimiento cíclico y heterárquico, y, por otro, la desaparición de linajes dinásticos, alianzas entre linajes y sus líderes circunscritos dentro de territorios continuamente dominantes, como el caso del valle de Purén-Lumaco. La aparición de campos agrícolas elevados, canales y terrazas en el valle entre 1500 y 1600 d.C. refleja nuevas tecnologías para intensificar la producción agrícola.

Como se mencionó arriba, se reclutaron nuevos miembros y/o fueron anexados por los líderes del valle. La evidencia actual sugiere que ningún linaje dinástico aislado pudo desarrollar la infraestructura socioespacial necesaria para sostener el poder por más de 150 años e instaurar un verdadero sistema «estatal». Más bien, los jefes de linaje rotaron cíclicamente su autoridad cuando ellos accedían y, luego, dejaban el poder. Su ascenso al poder procedía del éxito en la guerra, del aumento de la producción económica en los espacios fértiles del valle, y del reclutamiento y anexión de otros grupos. Su caída era el resultado de la muerte de los líderes, de la incapacidad de sus sucesores para sostener el poder y/o de la derrota y fragmentación de sus linajes. Aunque este fenómeno de alternancia cíclica era típico a lo largo del territorio araucano, solo algunos valles sostuvieron el poder por un periodo extenso de tiempo, al parecer debido a la autoridad de jefaturas cíclicas reunidas en torno de linajes aliados locales, en lugar de un sistema permanente, con el objeto de no perder la autonomía y tampoco estar sujetas a un linaje distante o vecino. Los linajes en Purén-Lumaco eran, quizá, los más exitosos en este tipo de mecanismos, pues constituyeron una fuerza política poderosa por casi 250 años. Los líderes importantes de esta región condujeron constantemente movimientos orgánicos en el territorio araucano, formaron nuevos linajes o reestructuraron a los antiguos a los niveles más altos de articulación sociopolítica donde previamente existía desintegración social debido a la guerra prolongada, la enfermedad, el desplazamiento de la población y/o la fragmentación de linajes. Como se trató arriba, se cree que la desintegración del linaje, el desplazamiento, la migración, la contratación, la anexión y/o los festines explican la mayoría de los patrones arqueológicos para la localización, el volumen, la estructura, el uso y el abandono de los montículos de tierra y de los sitios domésticos que se fechan después de 1550 d.C.

En suma, los textos escritos documentan guerras periódicas, la presencia de pequeños montículos asociados con el entierro de jefes y ceremonias interlinajes junto con la contratación ocasional, así como la anexión de otros linajes a la llegada de los españoles. Todo ello se intensificó después del contacto hispánico, sobre todo en Arauco, Tucapel y Purén-Lumaco. Se sabe que los líderes en otras áreas lograron un poder ideológico, económico y militar similar en estas situaciones, pero se localizaron en áreas que nunca se volvieron centros de resistencia política prolongada y tampoco desarrollaron complejos de *kueles* y extensas aldeas agrícolas. Esto sugiere que otras acciones de poder ideológico, militar y económico fueron importantes, entre ellos las habilidades tácticas, estructurales y orgánicas de esas primeras regiones.

Los textos escritos también revelan que la competencia entre líderes de linajes, con la realización intensiva y escalada de monopolios de contratación y festines, fue producto del efecto centralizador del aumento de conflictos. Los datos arqueológicos sugieren un aumento explosivo del número de montículos entre 1550 y 1750 d.C., la fragmentación significativa y desplazamiento de la población entre 1600 y 1800 d.C., así como el surgimiento de complejos de jefaturas principales en ciertas áreas que se corresponden con aquellas mencionadas en los textos escritos. Se supone que el ascenso del nivel político araucano no se relaciona simplemente con la fragmentación de la población, el poder político-religioso centralizado en *rehues* y el aumento de la cooperación para la defensa y la competición de los grupos fragmentados, sino, más bien, con un marcado cambio reorganizacional que fue orquestado por linajes confederados. Este cambio produjo nuevos espacios para jefes o representantes principales que, de manera constante, negociaron y realizaron rituales para motivar un nivel más grande de cohesión social y de resistencia a los extranjeros. Si bien los parámetros procesuales e históricos generales de esta complejidad son comprensibles, los patrones arqueológicos específicos, las pruebas históricas de los eventos documentados y sus tendencias aún son insuficientes y deben continuar en estudio.

3. Epílogo

Este rápido viaje por varias sociedades tempranas y tardías de los Andes centrales y centro-sur, con énfasis en las sociedades precerámicas y cerámicas de la costa peruana y de los araucanos del sur-centro de Chile para precisar mejor ciertas variables, muestra considerable similitud y variación respecto de ciertos patrones arqueológicos. No obstante, se advierte una serie de hilos comunes que fluyen con el paso del tiempo y el espacio, y por medio de esta discusión acerca de sociedades emergentes tempranas y tardías en dichas áreas. A pesar de que no se han presentado los datos detallados para los casos discutidos, es claro, en

primer lugar, que exhiben una creciente fascinación por el ceremonialismo público. Gran parte de los sitios públicos tempranos —con espacios y/o edificios monumentales como en los casos de muchas sociedades andinas— se debió a que estos fueron colocados en distintos espacios separados y no controlados por un grupo particular, aunque primero fueron transformados en montículos o objetos, tratados como ofrendas rituales. En segundo lugar, hay un deseo frecuente por transformar el paisaje y rehacerlo desde la perspectiva de sus ocupantes, algo que no se había manifestado antes. Por último, y a pesar de que no se ha discutido aquí, en algunas sociedades la arquitectura doméstica —indiferenciada, por lo general, de las viviendas individuales— dio paso a la aparición de unos pocos edificios que reflejan alguna actividad pública o un estatus diferente de sus ocupantes.

En el concepto del autor, cuando las sociedades comenzaron a moverse más allá de la esfera doméstica hacia una vida pública formalizada y estructurada, se cruzó un umbral crítico para lograr la complejidad. Por esta razón, la interpretación de los edificios públicos en el Periodo Formativo de varias regiones en el transcurso del tiempo se vuelve crucial. Una interpretación de carácter conservador consiste en que fueron residencias de individuos de alto estatus, aunque sin indicación de que ellos ejercieron la autoridad de jefes, mientras que una más progresista indica que fueron la sede de jefaturas poderosas. En esta corrección también pueden ser importantes los indicios de una planificación comunitaria. El autor podría agregar, con un menor énfasis, ciertos indicadores de la presencia de cacicazgos como la modificación del paisaje, el comercio de materiales exóticos —opuesto a la búsqueda sistemática y deliberada de productos terminados—, y el ritual funerario elaborado. Todos estos pueden darse en comunidades o familias autónomas que actuaban en su propio nombre o bien como afiliados a caseríos y/o facciones sin necesidad de la existencia de un liderazgo centralizado.

Al observar el largo Periodo Precerámico de las fases Tierra Blanca y San Luis del valle de Zaña, y sus contribuciones a la sociedad andina posterior, es más claro que las relaciones sociales no se parecen a la dicotomía elite-individuos comunes encontrada en muchas discusiones arqueológicas acerca de la sociedad compleja emergente en otras partes del mundo hasta el Periodo Precerámico Tardío. El autor postula que las gentes de los Andes centrales de este periodo se concentraron más en la construcción de un sentido de colectividad social mediante los festines rituales, la construcción de monumentos de escala tanto grande como pequeña y la generación de estrategias de interacción más que en la búsqueda estratégica de poder y prestigio por medio de la acumulación de bienes de riqueza. Estos sistemas de poder compartido, distribuido y público probablemente fueron impulsados más por la generación de riqueza socioideacional que material. De acuerdo con la naturaleza de la evidencia actual, solo se puede adivinar que esta colectividad debe de haber involucrado a diferentes categorías de edad, género, ascendencia, ocupación, lugar, rango y asociación, a menudo en forma simultánea. En la actualidad, no se puede identificar ningún *locus* social o proceso de cisma, resistencia, manejo administrativo o estrategia institucional en la evidencia arqueológica que pueda haber limitado o contrabalanceado el papel político de los grupos de elite —y menos el de los individuos— y la búsqueda de poder mediante la acumulación de riqueza. En algún punto en el Periodo Precerámico Tardío, o en el subsiguiente Periodo Inicial, se alcanzó un momento clave en que se dio más énfasis a la riqueza y al liderazgo individual, como se sugiere en Las Haldas, Culebras, Áspero y otros complejos tempranos.

También se pueden identificar dos trayectorias de las sociedades que se han caracterizado aquí, en grandes líneas, como «cacicazgos» heterárquicos en los que cambia el contexto de las relaciones jerárquicas entre ellos. Tanto en los Andes centrales como en el área centro-sur, a pesar de las condiciones oscilantes en las que se desarrollaron y colapsaron unidades políticas individuales, como el caso araucano, el sistema integral fue muy prolongado y es probable que pudiera haber persistido en forma casi indefinida. Como se observa en sociedades estatales tardías, el contacto con unidades políticas externas puede, más bien, ampliar el poder de los jefes hasta que esas unidades políticas realmente deciden intervenir territorialmente en los cacicazgos. En los Andes centrales, esta era preestatal de naciente desigualdad social fue transitoria y solo duró unos pocos siglos, lo que extendió el control a concentraciones de población cada vez más densas, jerarquías administrativas más elaboradas y un militarismo expansionista. En otros lugares, los jefes fueron visibles con dificultad, con Estados establecidos casi de un momento a otro sobre la base de aldeas autónomas emergentes. Para definir estos desarrollos en términos de espacio, paisaje y complejidad,

fue precisamente en el momento en que la cosmología y la historia se unieron con las normas, conocimientos, valores y culto a los ancestros con el fin de crear un paisaje conceptual y ritual nuevo —como en el caso de los edificios de planta en forma de «U» del Periodo Formativo o las ceremonias públicas de gran escala *nguillatun* de los araucanos— que las entidades políticas comenzaron a formarse en diversas partes de los Andes y cambiaron con el transcurso del tiempo a fin de mantenerse y expandirse.

A pesar de los intentos de los arqueólogos para entender las jefaturas en sociedades complejas emergentes en los Andes, el autor postula que la evidencia para determinar una autoridad institucionalizada, centralizada y hereditaria del rango social de tipo cacicazgo es esquivada en muchas sociedades formativas. Posibles excepciones a esta generalización son las comunidades protourbanas del Norte Chico en el Perú —por ejemplo, el sitio de Caral—, así como las precursoras inmediatas de las civilizaciones de Chavín, Chiripa y Pucara. En el resto de los Andes, tendrán que pasar varios siglos antes de que se pueda hablar con precisión del surgimiento de jefes y jefaturas. A pesar de que existieron con seguridad *aggrandizers* exaltados y líderes de facciones, en casi ningún caso hay evidencia arqueológica firme como para definir que esos individuos tenían la capacidad constante para reclamar el control sobre una población subyugada, sus asuntos sociales internos y sus relaciones económicas externas. La autoridad y el prestigio de líderes nominales de facciones y caseríos surgieron, con probabilidad, a partir de su habilidad como jefes domésticos para lograr estrategias exitosas de acumulación y para llevar a otras unidades domésticas a tener una deuda social o económica. Incluso los campos del comercio y la alianza fueron dirigidos, en gran medida, al ámbito doméstico, sin organización o control central.

Una nota final en esta consideración general de diferencias emergentes en estatus, poder y riqueza comprende la reflexión de que estos atributos de la elite no siempre son lo que parecen. Los arqueólogos, como otros científicos sociales más antiguos, tienden a asumir que el poder y el estatus en tales sociedades son absolutos, permeables y que, a menudo, son más grandes de lo que la sociedad reconoce y de lo que es percibido desde la arqueología. Sin embargo, los estudios etnográficos de varias sociedades, inclusive el caso mapuche discutido arriba, recuerdan los límites del estatus y el poder. Se ha determinado que hubo una diferencia entre los principios jerárquicos de la organización política y lo que en realidad sucedió en la práctica. En el caso mapuche actual, los miembros de una comunidad pueden expresar valores igualitarios en un contexto y valores jerárquicos en otro, lo que remite a la naturaleza heterárquica de la vida política. La unidad política como resultado de tensiones internas y el poder de un líder pueden ser frágiles. En este caso, como es probable en muchos ejemplos prehispánicos también, el estatus y el poder de la elite tienen un valor menor que el que la ideología social reconoce. De esta manera, no se podría tratar a las sociedades jerárquicas prehispánicas con arquitectura monumental de gran escala más que como unidades políticas de pequeña escala en las que pudieron existir múltiples caminos para adquirir estatus, poder y riqueza, y en las que el liderazgo fue, a menudo, sutil.

REFERENCIAS

- Allen, J.**
1999 Spatial Assemblages of Power: From Domination to Empowerment, en: D. Massey, J. Allen y P. Sarre (eds.), *Human Geography Today*, 194-217, Polity Press, London.
- Alva, W.**
1981 *Cerámica temprana en el valle de Jequetepeque, norte del Perú*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 32, C. H. Beck, München.
1987 Resultado de las excavaciones en el valle de Zaña, norte del Perú, *Archäologie in Perú. Archäometrie*, 61-78, C. H. Beck, München.
- Arnold, J. E.**
1995 Transportation Innovation and Social Complexity among Maritime Hunter-Gatherers, *American Anthropologist* 97, 733-747, Washington, D.C.
- Bender, B. (ed.)**
1990 *Landscape: Politics and Perspectives*, Berg Press, Oxford.
- Binford, L. R.**
1983 *In Pursuit of the Past: Decoding the Archaeological Record*, Thames and Hudson, London.
- Boguchi, P.**
1999 *The Origins of Human Society*, Blackwell, Oxford.
- Bonavia, D.**
1991 *Perú: hombre e historia*, Ediciones EDUBANCO, Lima.
- Brooks, A. L. y J. Yellen**
1987 The Preservation of Activity Areas in the Archaeological Record: Ethnoarchaeological and Archaeological Work in Northwest Ngamiland, Botswana, en: S. Kent (ed.), *Method and Theory for Activity Area Research: An Ethnoarchaeological Approach*, 63-106, Columbia University Press, New York.
- Burger, R. L.**
1993 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.
- Crumley, C. L.**
1995 Heterarchy and the Analysis of Complex Societies, en: R. M. Ehrenreich, C. L. Crumley y J. E. Levy (eds.), *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*, 1-6, American Anthropological Association, Washington, D.C.
- DeMarrais, E., L. J. Castillo y T. K. Earle**
1996 Ideology, Materialism, and Power Strategies, *Current Anthropology* 37, 15-32, Chicago.
- Dietler, M. y B. Hayden (eds.)**
2001 *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- Dillehay, T. D.**
1985 Cuel: observaciones y comentarios sobre los túmulos en la cultura Mapuche, *Chungara* 16-17, 181-93, Arica.
1990 Mapuche Ceremonial Landscape, Social Recruitment and Resource Rights, *World Archaeology* 22, 223-241, London.
1998 La organización dual en los Andes: el problema y la metodología de investigación en el caso de San Luis, Zaña, en: P. Kaulicke (ed.), *Perspectivas regionales del Periodo Formativo en el Perú*, *Boletín de Arqueología PUCP* 2, 37-60, Lima.
1999 El paisaje cultural y público: el monumentalismo holístico, circunscripto de las comunidades araucanas, en: A. Duran y R. Bracco (eds.), *Arqueología de las Tierras Bajas*, 449-466, Ministerio de Educación, Montevideo.

- 2004 Social Landscape and Ritual Pause, *Journal of Social Archaeology* 4, 239-268, London.
- 2007 *Monuments, Empires, and Resistance: Araucanian Ritual and Narratives*, Cambridge Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Dillehay, T. D., J. P. Rossen y P. J. Netherly**
1999 The Nanchoc Tradition: The Beginnings of Andean Civilization, *American Scientist* 85, 46-56, New Haven.
- Dobres, M.-A. y J. E. Robb (eds.)**
2000 *Agency in Archaeology*, Routledge Press, London/New York.
- Donnan, C. B. (ed.)**
1985 *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Earle, T. K.**
1997 *How Chiefs Come to Power: The Political Economy in Prehistory*, Stanford University Press, Stanford.
- Elera, C.**
1993 El complejo cultural Cupisnique: antecedentes y desarrollo de su ideología religiosa, en: L. Millones y Y. Onuki (eds.), *El mundo ceremonial andino*, *Senri Ethnological Studies* 37, 89-101, Osaka.
- Ercilla y Zúñiga, A. de**
1976 *La Araucana*, Editorial Universitaria, Santiago.
[1569]
- Gamble, C.**
1999 *The Paleolithic Societies of Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Griender, T., A. Bueno, C. E. Smith, Jr. y R. Malina**
1987 *La Galgada, Perú: A Preceamic Culture in Transition*, University of Texas Press, Austin.
- Harvey, D.**
1989 *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Blackwell, Oxford.
- Hirsch, E. y M. O'Hanlon**
1995 *The Anthropology of Landscape*, Clarendon Press, Oxford.
- Hodder, I.**
1990 *The Domestication of Europe*, Blackwell, Oxford.
- Kaulicke, P.**
1975 *Pandanche: un caso del Formativo en los Andes de Cajamarca*, Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- 1997 La noción y la organización del espacio en el Formativo peruano, en: H. Córdoba (ed.), *Espacio: teoría y praxis*, 113-127, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Kertzer, D.**
1988 *Ritual, Politics, and Power*, Yale University Press, New Haven.
- Latcham, R. E.**
1928 *La prehistoria de Chile*, Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago.
- Lathrap, D.**
1985 Jaws: The Control of Power in the Early Nuclear American Ceremonial Center, en: C. B. Donnan (ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, 241-267, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Lavallée, D.**
2000 *The First South Americans* [traducción de P. Bahn], University of Utah Press, Salt Lake City.

- Lefebvre, H.**
1991 *The Production of Space*, Blackwell, Oxford.
- Maldonado, E.**
1992 *Arqueología de Cerro Sechín. Tomo I, Arquitectura*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Mandrini, R.**
1984 *Los araucanos de las pampas en el siglo XIX*, Centro Editorial de América Latina, Buenos Aires.
- Medina, A.**
1978 El Estado araucano, *Boletín de Prehistoria* 7-8, 23-50, Santiago.
- Moseley, M. E.**
1992 *The Incas and their Ancestors: The Archaeology of Perú*, Thames and Hudson, London.
- Netherly, P. J. y T. D. Dillehay**
1986 Duality in Public Architecture in the Upper Zaña Valley, en: D. H. Sandweiss y P. Kvietok (eds.), *Perspectives in Andean Prehistory and Protohistory*, 85-115, Cornell University, Latin American Studies Program, Ithaca.
- Pauketat, T. R.**
2000 The Tragedy of the Commons, en: M. A. Dobres y J. Robb (eds.), *Agency in Archaeology*, 113-129, Routledge Press, London.
- Politis, G.**
1996 *Nukak*, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI, Bogotá.
- Pozorski, T. G. y S. G. Pozorski**
1993 Early Complex Society and Ceremonialism on the Peruvian North Coast, en: L. Millones y Y. Onuki (eds.), *El mundo ceremonial andino, Senri Ethnological Studies* 37, 45-68, Osaka.
- Quilter, J.**
1991 Late Pre-ceramic Perú, *Journal of World Prehistory* 5, 387-438, New York.
- Ravines, R. y W. H. Isbell**
1975 Garagay: sitio ceremonial temprano en el valle de Lima, *Revista del Museo Nacional* 41, 253-276, Lima.
- Shady, R.**
1986 Una aproximación al mundo de las creencias andinas: la cultura de Pacopampa, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología y Antropología* 8, 17-24, Lima.
- Shady, R. y C. Leyva (eds.)**
2003 *La ciudad sagrada de Caral-Supe. Los orígenes de la civilización andina y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú*, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
- Thomas, J.**
1991 *Rethinking the Neolithic*, Cambridge University Press, Cambridge.
1995 The Politics of Vision and the Archaeologies of Landscape, en: B. Bender (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*, 19-48, Berg Press, Oxford.
- Trigger, B.**
1990 Monumental Architecture: A Thermodynamic Explanation of Symbolic Behaviour, *World Archaeology* 22, 119-122, London.
- Wandsnider, L.**
1991 The Spatial Dimension of Time, en: J. Rossignol y L. Wandsnider (eds.), *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, 257-284, Plenum Press, New York.
1998 Regional Processes and Archaeological Landscape Units, en: A. Ramenofsky y A. Steffen (eds.), *Units Issues in Archaeology*, 87-102, University of Utah Press, Salt Lake City.
- Whitelaw, T.**
1991 Some Dimensions of Variability in the Social Organization of Community Space among Foragers, en: C.

Gamble y W. Boismier (eds.), *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites*, 19-88, International Monograph Series 19, Ann Arbor.

Williams, C.

1991 Complejos de pirámides con planta en «U»: patrón arquitectónico de la costa central, *Revista del Museo Nacional* 44, 95-110, Lima.

Wilson, P. J.

1988 *The Domestication of the Human Species*, Yale University Press, New Haven.

Wolf, E.

1999 *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, University of California Press, Berkeley.

Yellen, J.

1977 *Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past*, Academic Press, New York.

Yoffee, N.

2005 *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States and Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge.

Zavala, J. M.

2000 *Les indiens mapuche du Chili: dynamiques inter-ethniques et stratégies de résistance*, L'Harmattan/IHEAL, Paris.